

Presentación

Este volumen de la colección *Lectio divina para la vida diaria* pretende proporcionar agua viva para la espiritualidad conyugal y familiar presentando de una forma meditada y extensa la Palabra que se proclama en la celebración litúrgica del sacramento del matrimonio.

¿A quién se dirige?

A las parejas de novios que desean no sólo preparar su propia ceremonia nupcial de una manera personal y significativa, sino también alimentar tanto su propia fe como su propio amor con las palabras de la Escritura que les interpelan de más cerca en cuanto pareja.

A las parejas de esposos que desean redescubrir en su vida ordinaria de pareja y de familia su propia vocación matrimonial.

A los grupos de esposos que se reúnen en las parroquias o en el ámbito privado de sus casas para reavivar su fe, conscientes de que no están construyendo la Iglesia simplemente como laicos, sino como parejas de esposos.

A todas aquellas personas consagradas que, llenas de espíritu profético, han comprendido el don que representa una pareja cristiana para la edificación del pueblo de Dios y desean prepararse para *benedicir*, esto es, «decir bien», a estos hermanos que caminan y quieren apoyarles en su ser pareja.

En el desarrollo de la obra nos hemos sentido confirmados por la indicación de los obispos italianos, que, en la presentación del nuevo *Ritual del matrimonio*, el 16 de mayo de 2004, dicen lo siguiente: «Si bien el matrimonio constituye un momento propicio para redescubrir y desarrollar la vocación bautismal, no por ello debemos pensar que se agota con la celebración, sino que penetra toda la existencia de los esposos, que están llamados a acoger y valorar, día tras día, la gracia que brota del sacramento, expresando así a través de los gestos y de las palabras de la vida cotidiana aquello en que ellos se han convertido en virtud de la intervención del Espíritu» (RM 9).

Este libro lee, en particular, a la luz de la espiritualidad conyugal y familiar los pasajes bíblicos aquí propuestos para la celebración del rito del matrimonio; ahora bien, mientras que, en el ritual, las lecturas están insertadas en la celebración y van acompañadas de salmos responsoriales, oraciones colectas y oraciones de los fieles..., aquí las hemos dirigido a una *ruminatio* que conduzca a una espiritualidad bíblica, capaz de iluminar la vida cristiana de nuestros días.

En consecuencia, no hemos comentado los salmos responsoriales y hemos presentado las perícopas propuestas en un orden bíblico (sin subdividir las en *lecturas* y *evangelios*), aunque con la selección de los versículos requerida por el ritual. A fin de que se pueda volver fácilmente a la forma originaria con que estaban insertadas en la celebración, presentamos también al final del libro un *cuadro de conexión*.

Aunque hemos trabajado en equipo, de la introducción y las lecturas (la *lectio* propiamente) se ha encargado Patricio Rota Scalabrini; la selección de los textos para la *contemplatio* ha corrido a cargo de las clarisas del Monasterio de S. Chiara de Cortona y de Mariateresa Zattoni y Gilberto Gillini; de las otras partes se han ocupado Mariateresa Zattoni y Gilberto Gillini.

Introducción

En el jardín de las Escrituras

Cuando un novio y una novia se disponen a hojear la Sagrada Escritura o, eventualmente, un leccionario con lecturas bíblicas donde elegir los textos para el rito de su matrimonio, con frecuencia se encuentran perdidos, sin comprender exactamente qué es lo que buscan y por qué. Su desorientación es comprensible, pero no se debe sólo a la falta de conocimiento de las Escrituras –cuya ignorancia aflige todavía a una gran parte de los fieles católicos–, sino también a una cierta confusión sobre las preguntas de fondo que se deben plantear al texto bíblico y sobre la actitud requerida al que se acerca a él. De este modo, si nos acercáramos a él como si nos acercáramos a un museo, no recibiríamos respuestas satisfactorias y, a lo sumo, podríamos incrementar algunas informaciones por su sabor vagamente arqueológico. Ciertamente, no será de gran ayuda para el crecimiento de los dos jóvenes el hecho de ponerles al tanto de los usos y costumbres matrimoniales del mundo bíblico. Otras veces, sin embargo, la petición que guía la búsqueda y la lectura de los textos bíblicos es más correcta, porque se les pide una luz para comprender el propio amor, su densidad humana, el esplendor del proyecto de crear una familia propia. Entonces el texto bíblico se convierte en una especie de maestro de humanidad y los dos jóvenes advierten que, en el trabajo que supone elegir entre las varias páginas propuestas, está

el fruto sabroso que supone encontrar aspectos nuevos y profundos de su historia de amor, encontrándose así más maduros y conscientes.

Cuando, más adelante, el hecho de hojear las páginas de la Biblia no está movido sólo por la curiosidad o por un deseo serio de conocer mejor la realidad humana de la pareja y de la familia, sino por el anhelo sincero de escuchar la Palabra de Dios, de conocer su proyecto sobre sus vidas y sobre su historia de amor, entonces la Biblia revela toda su propia fuerza de «libro de la fe» entregado a los creyentes para que se alimenten de él, se fortifiquen y encuentren en él los recursos necesarios para hacer frente a la vida con valor. De este modo, la pareja descubrirá en él el sentido de su decisión de construir una familia cimentada en la roca firme de la fe.

Cuando nos acercamos a la Biblia como a una verdadera maestra de humanidad y guía para el camino de fe, ella responde a las elevadas y exigentes expectativas que se le presuponen. Se revela entonces como una Palabra que brinda un conocimiento no sólo sobre la profundidad de lo humano, sino también del sueño de Dios sobre la pareja; se manifiesta como una Palabra que es fuego que inflama, del que la historia de ambos aparece como una llama. Se ofrece como una Palabra capaz de abrir un camino, de dar esperanza, de suscitar un renovado entusiasmo, de cicatrizar las heridas, de consolar en los momentos de prueba. Por último, se propone como guía y como lenguaje para la oración, para que el cielo, que vela sobre la historia, esté abierto, sea infinito y asuma un rostro: el de Dios, que «*a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó*».

Sucede entonces que, gracias al encuentro con las páginas bíblicas, ambos novios o ambos esposos –poco importa el tiempo que lleven unidos– advierten que no están solos, sino que un compañero de viaje, misterioso y respetuoso, se ha unido a ellos en el camino, les ha

sostenido en los momentos difíciles y dolorosos, les ha animado cuando sentían flaquear sus fuerzas y, sobre todo, se ha alegrado con sus alegrías y ha participado en su esperanza. Esto supone descubrir que el Dios de la alianza, que se hizo carne por nosotros, quiere enlazar su proyecto eterno de salvar a la humanidad con el camino recorrido por la pareja en el tiempo, y desea comunicar su Palabra en el acontecer de las familias humanas, no idealizadas, acogidas con sus riquezas y su pobreza, con sus luces y sus sombras concretas.

Se experimenta entonces la exaltante certeza de que Dios quiere escribir una página de amor en el acontecer de todas las personas y, sobre todo, en la aventura de cada pareja que se toma en serio su propia realidad y comprende que ésta es la llamada que han recibido.

Leer el texto bíblico requiere, a buen seguro, ciertas actitudes, a fin de que el encuentro sea auténtico y fructuoso. En primer lugar, será preciso que nos acerquemos a él con disponibilidad para escuchar y no simplemente para buscar la confirmación de lo que querríamos encontrar. Una escucha realmente disponible es la que se deja interpelar, corregir, aunque todo ello pueda ser fatigoso, casi doloroso. No debemos olvidar que la corrección del Señor es para la vida, no para la tristeza y para la muerte.

A esta disponibilidad le es connatural también la actitud de no proyectar sobre las páginas bíblicas una serie de expectativas no legítimas, como, por ejemplo, las de quienes piden a la Escritura una respuesta prefabricada para todas las situaciones. La apertura a la escucha significa asimismo leer la Escritura con inteligencia, sabiendo valorar los aspectos del condicionamiento histórico que ésta, en cuanto Palabra encarnada, no puede dejar de tener. Leer con inteligencia significa también insertarse en la red de las lecturas que la Sagrada Escritura ha tenido a lo largo de la historia del pueblo de

Dios, puesto que es precisamente esta larga tradición la que nos permite acoger y ahondar en el tesoro inestimable que en ella se custodia. La pareja puede leer en su intimidad la Palabra de Dios atestiguada en la Biblia, pero eso debe ser siempre y de todos modos un acto eclesial, un encuentro con un Libro que es para la comunidad y para construir la comunidad –la Iglesia– cuyo primer núcleo es la familia, la pequeña Iglesia doméstica.

El encuentro inteligente, disponible, atento y obediente con la palabra de la Escritura no puede dejar de desembocar en la oración, en un diálogo con Aquel que hizo de la pareja un elemento básico de su designio de salvación para el mundo. Por esa razón, este libro pretende ofrecer un itinerario de oración. Así, tras haber intentado aclarar el sentido del texto en sí mismo (*lectio*), ofrece algunos puntos de arranque para una personalización, a fin de poder comprender mejor lo que está diciendo la Palabra de Dios a los novios o a los esposos (*meditatio*). A continuación, se dan algunas sugerencias para convertir en palabra humana dirigida a Dios –es decir, en oración– lo que han escuchado en el encuentro con el texto bíblico, leído y meditado (*oratio*).

En este punto, la pareja de novios o de casados puede detenerse en el misterio del amor divino que visita y fecunda su historia, así como contemplar su belleza, dejándose invadir por la admiración y la gratitud, siguiendo algunos itinerarios trazados en la secular tradición espiritual de la Iglesia (*contemplatio*). Sigue después un breve punto de arranque para el compromiso personal y de pareja (o de la familia) que puedan asumir ambos (*actio*).

Por último, ofrecemos elementos para una «lectura espiritual» que prolongue el encuentro con la Palabra de Dios a través de algunos testimonios escritos que la teología, el magisterio y la vida eclesial han hecho florecer, en tiempos recientes, en torno al texto bíblico.

Es posible que el encuentro con la Biblia y la Palabra de Dios que ésta ofrece a los novios y a los esposos, llevado siguiendo el método de la *lectio divina*, pueda parecer laborioso, artificioso. En realidad, es muy sencillo, porque aborda la Biblia siguiendo una convergencia de actitudes: ¿qué puede decir el texto en sí mismo, qué puede decirnos a nosotros como pareja, qué le decimos nosotros al Señor con esta Palabra suya, qué aspecto de su Rostro amoroso nos revela?

Yendo al leccionario que hoy está en vigor y comparándolo con el que se usó con anterioridad para las lecturas del rito del matrimonio, puede decirse que se presenta más rico y más atento a las diferentes situaciones y, en particular, también más utilizable por parejas de esposos durante su camino para la profundización en la dimensión teológico-espiritual de la realidad sponsal. Más rico no sólo porque las lecturas son más numerosas, sino porque reserva un espacio mayor al testimonio del Antiguo Testamento, particularmente precioso, y hasta indispensable, para un discurso de fe sobre el matrimonio y para el tesoro de reflexión sapiencial sobre la realidad de la pareja y de la familia. Más rico también respecto a los textos del Nuevo Testamento, elegidos no sólo en referencia estricta a los temas de la sponsalidad, sino atendiendo al mensaje que fundamenta el Evangelio sobre la pareja y a las indicaciones para una vida plasmada concretamente por la adhesión de fe a Cristo el Señor. Esta orientación es la que motiva el abundante recurso no sólo a fragmentos evangélicos, sino también a perícopas tomadas de otros textos neotestamentarios, especialmente de las cartas apostólicas y del Apocalipsis.

En consecuencia, el leccionario trasciende las necesidades ligadas a las lecturas para el rito del matrimonio, y puede ofrecer pistas para una meditación menos esporádica y ocasional sobre la realidad de la familia y de la pareja, a la luz de la Palabra de Dios.

Tanto los novios como los casados podrán pasear ampliamente por el «jardín» de la Escritura y encontrar en él a Alguien que ha venido a encontrarse con ellos, que les espera desde siempre para entablar un diálogo con ellos en un clima de amistad. Los novios y los esposos, a través del encuentro con las Escrituras, podrán descubrir también cuán verdadera es esta afirmación de san Ambrosio: «Cuando leo la divina Escritura, Dios vuelve a pasear por el paraíso terrenal».

Patrizio Rota Scalabrini

1

Y creó Dios al hombre a su imagen;
a imagen de Dios lo creó,
hombre y mujer los creó
(Gn 1,26-28.31a)

²⁶ Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos, los reptiles de la tierra. ²⁷ Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó». ²⁹ Y los bendijo Dios y les dijo: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo, los vivientes que se mueven sobre la tierra». ³¹ Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno.

LECTIO

Nos encontramos en el sexto día de la creación. Dios está a punto de llamar a la existencia algo especial; por eso comunica a la corte celestial su decisión real (v. 26: «*Hagamos...*»). Quiere crear un ser que sea a su imagen y semejanza. La imagen (*selem*), en el lenguaje bíblico, es la efigie colocada en los confines de un reino o en lugares estratégicos para señalar quién era su señor. El hombre y la mujer, creados a imagen de Dios (v. 27), constituyen, por consiguiente, la visibilidad de su realeza frente al mundo, hasta el punto de que esta realeza suya se expresa a través de las relaciones constitutivas de la familia humana y de la toma de responsabilidades respecto a ellas.

Una primera relación es la que se da entre el hombre y la mujer, que se convierte, después, en una llamada a la fecundidad, a la generación. Sin embargo, también la relación con el mundo debe estar marcada por esta responsabilidad, como expresa adecuadamente el verbo «dominar» (v. 28), que forma parte de la ideología real e indica el gobierno de una comunidad, de un reino.

La otra relación constitutiva es la que mantiene la criatura humana con su Creador. En este caso, la responsabilidad consiste en la escucha; en efecto, lo primero que Dios hace, después de haber creado a la pareja humana, es hablarles. Está claro que la otra parte debe estar a la escucha de esta palabra, que es, al mismo tiempo, *bendición* y *mandato*.

Las indicaciones sobre la dieta (vv. 29s, omitidas en la lectura litúrgica), una dieta que, al menos de momento, debe seguir siendo vegetariana –es decir, exenta de violencia y de derramamiento de sangre–, esas indicaciones, decíamos, vienen a aclarar así que este dominio es, en realidad, un «cuidar».

Por último, encontramos una palabra estupenda sobre la criatura humana y sobre la pareja: «*Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno*» (v. 31). No se trata aquí sólo de una apreciación ética, sino de una mirada complacida de contemplación por parte de Dios del misterio que él mismo ha puesto en el hombre y en la mujer.

MEDITATIO

En medio de su furor, la joven hija escribió una carta a sus padres con unas acusaciones amargas y rechazos vibrantes concluidos con un «me hacéis vomitar». Su padre, con la escritura insegura de un carpintero de manos rudas, le respondió, haciendo acopio de toda su dig-

nidad: «Tu madre y yo te hemos amado a ti y a tus hermanos como hemos podido. ¡No te permitimos que nos insultes así! Sentémonos más bien en torno a una mesa y razonemos». Ésta no es la réplica de un padre-patrón, sino la respuesta de un padre que «domina» el pequeño universo que es su familia: no renuncia a un poder bueno que incluye el respeto a su persona, a su mujer y a su hija. No se sustrae a la hipótesis de posibles carencias, pero sabe que ningún error de los padres autoriza a su hija a faltarles el respeto. Más aún, frente a la injusta sentencia emitida por su hija, él, habitualmente tan dócil y amante de la paz, «levanta la voz» en defensa de su dignidad paterna y, *por consiguiente*, también de su hija.

A contraluz, saboreamos también la belleza de este hablar en *nosotros*: el padre y la madre están unidos en los límites («Tu madre y yo te hemos amado a ti y a tus hermanos como hemos podido») y en el honor («¡No te permitimos que nos insultes así!»).

Hoy nos olvidamos con frecuencia de que, si les permitimos a nuestros hijos atacarnos de una manera desconsiderada, disminuimos la categoría paternal que nos ha sido entregada por el Señor de la vida. En el «llenad la tierra y sometedla» (v. 28) se encuentra una relación preciosa: ¡joj!, no se trata, a buen seguro, de dominar a los hijos, obligándoles a aceptar nuestros proyectos o faltándoles al respeto, sino de la relación de dominio sobre sus arrogancias, sobre sus miedos, sobre sus pretensiones imperiosas, sobre sus urgencias consumistas, puesto que el hecho de traer hijos al mundo significa asumir la responsabilidad de continuar engendrándolos por *mandato* del Dios que nos hizo a su imagen y semejanza (cf. v. 26). La fecundidad de la pareja está bendecida para que llenen la tierra (v. 28): no en su propio nombre, no por delirios de autosuficiencia, no por apego al poder, sino para celebrar al Señor en cuyas manos están nuestros hijos.

ORATIO

Oh Señor, hoy como ayer y como mañana,
confía a nuestra pareja el poder de dominar
la tierra, el cielo y el mar:
la fuerza para poner un límite a las potencias oscuras
del mar que embaucan a nuestros hijos;
el servicio de discernir los deseos de libertad
que suscitan en ellos los «*pajarillos del cielo*»,
la preocupación de que sus corazones de tierra
no se carguen con cosas vanas.

Ayúdanos a creer, Señor,
que nos ha confiado precisamente a nosotros
la preocupación por su bienestar más profundo
y la atención para hacerles llegar tu herencia.

CONTEMPLATIO

Señor, Dios nuestro y creador nuestro, que cuando
fueren cohibidas del amor del siglo aquellas afecciones
con las cuales moriríamos viviendo mal, y comenzare a
ser *alma viviente* viviendo bien, y fuere cumplida tu pa-
labra, que dijiste por tu apóstol: *No queráis conformaros
con este siglo*, se seguirá también aquello otro que añadi-
ste al punto y dijiste: *Mas reformaos en la novedad de
vuestra mente*, no ya *según su género*, como imitando al
prójimo que nos precede, ni viviendo según la autoridad
de un hombre mejor. Porque no dijiste: «Sea hecho el
hombre según su género», sino: *Hagamos al hombre a
nuestra imagen y semejanza*, para que nosotros probe-
mos cuál sea tu voluntad. Pues a este fin, aquel tu dis-
pensador, engendrando hijos por el Evangelio y no que-
riendo tener siempre de párvulos a estos que él nutriera
con leche y fomentara como una nodriza, dijo: *Refor-
maos en la novedad de vuestra mente* a fin de conocer la

voluntad de Dios y qué sea lo bueno, acepto y perfecto. Y por eso no dices: Sea hecho el hombre, sino: Hagámosle; ni dices según su género, sino a imagen y semejanza nuestra. Porque, renovado en la mente y contemplando tu verdad inteligible, no necesita de hombre que se la muestre para que imite a su género, sino que, teniéndote por guía, él mismo conoce cuál sea tu voluntad y qué es lo bueno, acepto y perfecto; y ya capaz, tú le enseñas a ver la Trinidad de su Unidad o la Unidad de su Trinidad. Y por eso habiendo dicho en plural: Hagamos al hombre, añadió en singular: e hizo Dios al hombre; y a lo dicho en plural: a imagen nuestra, repuso en singular: a imagen de Dios. Así es como el hombre se renueva en el conocimiento de Dios según la imagen de aquel que le ha creado.

¡Gracias te sean dadas, Señor! Vemos el cielo y la tierra, ya la parte corporal superior e inferior, ya la creación espiritual y corporal; y en el adorno de estas dos partes de que consta, ya la mole entera del mundo, ya la creación universal sin excepción, vemos la luz creada y dividida de las tinieblas. Vemos el firmamento del cielo, sea el que está entre las aguas espirituales superiores y las corporales inferiores, cuerpo primario del mundo; sea este espacio de aire –porque también esto se llama cielo– por el que vagan las aves del cielo entre las aguas que van sobre ellas en forma de vapor y caen en las noches serenas en forma de rocío, y estas aguas que corren graves sobre la tierra. Vemos en los vastos espacios del mar la belleza de las aguas reunidas, y la tierra seca, ya desnuda, ya formada de modo que fuere visible y compuesta y madre de hierbas y de árboles. Vemos de lo alto resplandecer los luminares: el sol, que se basta para el día, y la luna y las estrellas, que alegran la noche, y con todos los cuales se notan y significan los tiempos. Vemos toda la naturaleza húmeda, fecundada de peces y de monstruos y de aves, porque la grosura del aire que soporta el vuelo de las aves se forma con las emanacio-

nes de las aguas. Vemos que la superficie de la tierra se hermosea con animales terrestres y que el hombre, hecho a tu imagen y semejanza, por esta misma imagen y semejanza, esto es, en virtud de la razón y de la inteligencia, es antepuesto a todos los animales irracionales; mas al modo que en su alma una cosa es lo que domina consultando y otra lo que se somete obedeciendo, así fue hecha aún corporalmente para el hombre la mujer, la cual, aunque fuera igual en naturaleza racional a éste, fuera, sin embargo, en cuanto al sexo del cuerpo, sujeta al sexo masculino, del mismo modo que se somete el apetito de la acción para concebir de la razón de la mente la facilidad de obrar rectamente. Vemos estas cosas, cada una por sí buena y todas juntas muy buenas (Agustín de Hipona, *Las confesiones*, XIII, 22 y 32).

ACTIO

¿Qué podría sugeriros concretamente en esta estación de vuestra vida conyugal la bendición que Dios os da: «*Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo, los vivientes que se mueven sobre la tierra*» (Gn 1,28).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios, con la creación del hombre y de la mujer a su imagen y semejanza, corona y lleva a perfección la obra de sus manos; los llama a una especial participación en su amor y al mismo tiempo en su poder de Creador y Padre, mediante su cooperación libre y responsable en la transmisión del don de la vida humana: «Y bendíjolos Dios y les dijo: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla”» (Gn 1,28).

Así el cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida, el realizar a lo largo de la historia la bendición original del

Creador, transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre (Gn 5,1 ss).

La fecundidad es el fruto y el signo del amor conyugal, el testimonio vivo de la entrega plena y recíproca de los esposos: «El cultivo auténtico del amor conyugal y toda la estructura de la vida familiar que de él deriva, sin dejar de lado los demás fines del matrimonio, tienden a capacitar a los esposos para cooperar con fortaleza de espíritu con el amor del Creador y del Salvador, quien por medio de ellos aumenta y enriquece diariamente su propia familia» (*Gaudium et spes*, 50)

La fecundidad del amor conyugal no se reduce, sin embargo, a la sola procreación de los hijos, aunque sea entendida en su dimensión específicamente humana: se amplía y se enriquece con todos los frutos de vida moral, espiritual y sobrenatural que el padre y la madre están llamados a dar a los hijos y, por medio de ellos, a la Iglesia y al mundo (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, del 22 de noviembre de 1981, n. 28).